

La suprema alternativa en la obra de Carlos Fuentes

Escribe: CARLOS DELGADO NIETO

Es quizá el novelista mexicano Carlos Fuentes quien más ha penetrado en el fenómeno de los afligidos a quienes la vida les escamotea, deseada como redención o justificación. En la apreciación o presentación de ese escamoteo, de esa rara frustración, hay en *La región más transparente* una mujer que le perdona a su marido todas las traiciones, menos la que ella considera la traición máxima: el no haberle permitido compartir su muerte en el paredón de fusilamiento.

En *La muerte de Artemio Cruz*, el fin de la existencia humana está en todo momento presente, con la angustiosa presencia de lo que tarda en llegar. Y hacia el final del libro esa presencia está asociada al odio y al placer sensual: es el caso de la mujer que sigue unida al hombre que provocó la muerte de su hermano, pero odiando a ese compañero impuesto por las contradicciones de una revolución.

En la delicada fábula titulada *Aurora*, el protagonista se considera ya en posesión de la belleza

cuando encuentra, no la muerte, pero si algo más punzante que lo encontrado por Raimundo Lulio: la senectud encarnada en el mismo personaje femenino que representa la juventud y la belleza. Es la ambivalencia que cubre casi en su totalidad la obra de Fuentes, pero que no siempre tiene una solución de fracaso, de pesimismo.

En Fuentes, la muerte está, en su más alto valor novelístico, encuadrada por dos hechos que poseen también su ambivalencia: la revolución mexicana y la guerra civil española. En esta última, sus personajes están siempre del lado de la República, sufriendo los bombardeos de los Stukas y haciendo la gran retirada hacia los Pirineos. En cuanto a la revolución mexicana, los personajes no se ubican siempre en un mismo bando, lo cual permite al autor dar una visión más cabal, más racionalista de uno de los hechos políticos sociales más importantes registrados en la América Latina.

Y ya que hemos mencionado el nacionalismo, vale señalar que es-

te se ha convertido en una de las principales directrices de los más valiosos novelistas latinoamericanos del momento. La preocupación de Carlos Fuentes por comprender al pueblo mexicano es la misma que por el pueblo brasileño muestra Jorge Amado y Ernesto Sábato por el pueblo argentino. Este último especialmente en su novela *Sobre héroes y tumbas*. Sin estar haciendo obra folclórica, Fuentes titula varios capítulos con versos de canciones populares mexicanas: *L'águila siendo animal, Aunque me espine la mano*"

De esta búsqueda del espíritu de los pueblos y de sus posibilidades futuras no podía estar ausente la interpretación histórica, y ella aparece en los autores citados, no episódicamente sino en largos capítulos, a través de toda la obra, no solo rechazando el viejo empeño de hacer inconciliables la historia y la literatura, sino mostrando cómo una y otra se refuerzan mutuamente. Y en esa historia, en ese pasado están necesariamente las guerras y las revoluciones, está la muerte: "Entonces fue cuando entraron las tropas de Rosalío Martínez, echándose sus descargas una tras otra, sin parar, mientras todos caían muertos en las calles...". "Porque un día es posible que ya no estés aquí, que ya no te recuerden ni te busquen ni sepan nunca que Norma Larragoiti existió un día y vivió en lo más alto". (*La región más transparente*).

La desaparición de lo que ha estado "en lo más alto" es asociada por Fuentes lo que llama muy sugestivamente "la succión hacia el fondo", hacia el origen, que amenaza en forma constante los relevos sociales, amenazando la estabilización de los cambios.

La agonía de Artemio Cruz podría llamarse la novela titulada *La muerte de Artemio Cruz*. Al escoger a un moribundo para iniciar este libro, Fuentes se colocó en un filo de montaña desde el cual podía mirar tanto la vida como la muerte. Ese mismo lindero logra establecer, entre olas marinas enfurecidas, al separar a dos amantes, uno de los cuales se hunde en el agua, en la muerte, mientras el otro (la mujer) gana la playa, la vida, que vive luego frenéticamente, en forma absurda, quizá porque la muerte en un instante logró tocarla. Más tarde, más adelante en la novela, el lindero desaparece, se borran los límites entre la vida y la muerte, y el autor sigue llevando los personajes con igual seguridad sobre esa tierra de nadie que puede ser la tierra de todos, el piso que consideramos seguro a sabiendas de que es una ilusión. Se borra también el límite entre lo expresado con palabras y lo que solo modula el pensamiento, y tanto lo uno como lo otro queda expresado, y en cierto modo también guardado, negado al interlocutor: es la zona difícil del darse y negarse simultáneos, de la que no sale airoso sino un buen novelista como Carlos Fuentes. Y esa simultaneidad de los extremos no es truco novelístico, es vida real captada por un novelista.

El lenguaje. En una entrevista periodística, Fuentes declaró que los novelistas latinoamericanos están hoy en busca de un nuevo lenguaje, más expresivo, más verdadero. Y él mismo está practicando esa búsqueda, con tanto éxito por lo menos como Ernesto Sábato en la Argentina y Vargas Llosa en el Perú. Después de sus detenidas disecciones psicológicas, hechas con su lenguaje de escritor, precisa y ha-

ce culminar lo dicho con el habla popular de sus personajes: "Habrá que hacerlo a como de lugar", "Hay que ponerse abusado", "¿A poco no?".

Y en esta renovación del lenguaje se encuentra también encar-

nada la tendencia nacionalista que señalábamos al principio y que, unido a la gran fuerza creadora que poseen los nuevos escritores, muestra que la novelística latinoamericana puede ya valerse por sí misma, andar sola y ser por lo tanto más auténtica.